



Breznev, sustituido ya Krutchev, informaría en el XXIII Congreso. Así comenzaba la dirección colegiada.

acusaba de locura, atacaba el principio del culto a la personalidad y sus consecuencias. «Nuestro Partido, todos nosotros, condenamos resueltamente a Stalin por los errores y las deformaciones groseras que han causado un grave perjuicio a la causa del Partido y a la causa del pueblo». Cambio radical, por consecuencia, en todos los métodos y sistemas, reorganización del Partido y del Estado. Rasgo histórico también: aparece la doctrina de la coexistencia pacífica. «Los conflictos ideológicos y políticos entre Estados no deben resolverse por medio de la guerra». La concurrencia entre países debe hacerse por vías económicas y culturales, pero sin renunciar a la lucha de clases y conciliar las ideologías socialistas y burguesas.

XXI CONGRESO. 27 de enero al 5 de febrero de 1959. Informe de Krutchev. Desenmascaramiento de un «grupo antipartido» (Malenkov, Molotov, Kaganovich). Declaración de base: «El socialismo ha alcanzado en la URSS una victoria total y definitiva», y no hay fuerza en el mundo capaz de reimplantar en su territorio el capitalismo.

XXII CONGRESO. Llamado «de los constructores del comunismo». Del 17 al 31 de octubre de 1961. Se entiende que las etapas revolucionarias han sido ya

superadas y se comienza a construir la «sociedad comunista». Se ratifican las medidas antiestalinistas del XX Congreso y se hace un balance del éxito de esas medidas. Se decide la irradiación del sarcófago de Stalin, indigno de reposar junto a Lenin. Albania, condenada.

XXIII CONGRESO. 29 de marzo-abril de 1966. Krutchev ha caído. Breznev le sustituye y es el autor del informe del Comité Central. No se cita a Stalin, pero sí los errores de Krutchev por «división del Partido» y graves perturbaciones en la agricultura. Se ratifica el final del culto a la personalidad por la insistencia en la «dirección colegiada». Los nuevos dirigentes son deliberadamente grises: se acabó la brillantez de Krutchev.

XXIV CONGRESO. Marzo-abril de 1971. Basado en el informe de Breznev sobre política internacional. Propuestas principales: vitalización de la ONU para resolver los pleitos internacionales, reconocimiento definitivo de las fronteras de posguerra en Europa, tratados contra la guerra nuclear, química y bacteriológica; conferencia mundial de desarme, liquidación del colonialismo, racismo y «apartheid»; cooperación de la URSS con todos los Estados del mundo. Ataques a China y, más moderados, a los Estados Unidos.

La Capilla siXtina

DEL NACIONAL-SOCIALISMO AL SOCIALISMO-NACIONAL

—Un socialismo sin marxismo. Dijo el orador. Dijo y concluyó. Tras el estupor lógico que en su día ya debió acompañar al célebre experimento del huevo de Colón, faltaban manos y tiempos para los aplausos, porque lo que aquel genio había formulado era la piedra filosofal, la cuadratura del círculo, la quiniela de veinte aciertos, el ábrete Sésamo que un país esperaba para penetrar en las cuevas de un futuro inenarrable.

Maldigo la escasa capacidad de entusiasmo que me quedó después de la eliminación de España en los Campeonatos del Mundo de fútbol de 1954. Desde entonces, puede decirse que voy por el mundo sin excesivas ilusiones y a este talento atribuyo la excesiva distancia que me separa de las cosas, los hombres y las tierras. No vacilé, pues, en transmitir mi no participación a mi acompañante, Benito Adolfo Sánchez de Madroños Lisos.

—Un socialismo sin marxismo —le dije— es lo más parecido que hay a una tortilla de patatas sin huevo o sin patatas, en eso ya no me empiezo.

—Pero, hombre, no seas aguafiestas. Si es sencillísimo. Está todo el mundo empeñado en el encuentro de la tercera vía y, mira por dónde, aquí la teníamos.

—A mí esto me parece algo así como un Socialismo Obligatorio de Enfermedad.

—¡Contigo no se puede ir a ninguna parte! ¿Te parece poco salto adelante el que se empieza a hablar de socialismo con esta tranquilidad?

—Hay socialismos que tranquilizan.

—¿Y para qué quieres tú un socialismo que intranquilice?

—Hasta ahora se ha entendido por socialismo una serie de medidas que tienden a conseguir una sociedad sin clases y nuestro socialismo ya estaría basado en el principio inamovible de que las clases sociales no existen. En Historia, el happy end no existe. Para empezar no existe el fin. Benito Adolfo, desengáñate, no hay ni historia, ni dialéctica, ni parto sin dolor.

Benito Adolfo, que, como su nombre indica, es hijo de un señor con las ideas muy claras en los años treinta, tiene tres niños que se llaman Ernesto, Juan y Daniel. Ernesto por el «Che», Juan por John Fitzgerald Kennedy y Daniel por Daniel Cohn Bendit. Yo nunca he entendido el «cocktail», pero Benito Adolfo es un profeta del eclecti-

cismo político y suyo es el futuro político de España.

—Me sospecho —insisto ya algo irritado— que la fórmula del socialismo nacional es algo así como un abrigo nuevo hecho a base de darle la vuelta al viejo. Era un recurso muy común en los años cuarenta y, a pesar del aparente consumismo, estos vicios perduran. Algunos tenían ya algo viejo el abrigo de entretiem po del nacional-socialismo. Ahora les basta dar la vuelta al asunto y ya tienen encima el tabardo siberiano del socialismo-nacional.

Benito Adolfo, que conserva de su padre una cierta tendencia a la agresión verbal y física, ha estado a punto de sacudirme un guantazo. Pero conoce mi cualidad de cinturón negro y un realismo político muy europeo ha paralizado sus brazos y su lengua. Me ha invitado a cenar y he aceptado. El masoquismo ha nacido y tal vez muera con los españoles de mi promoción. Nos ha recibido Teresa, la esposa de Benito Adolfo, ancha, rubia, blanca y en estado de buena esperanza.

—¿Para cuándo es eso? Le he señalado con cierta delicadeza el ya acusado promontorio.

—Para junio.

—¿Niño o niña?

—Nos da igual —se ha precipitado Benito Adolfo—, consideramos que una mujer es igual a un hombre.

«¡Eatos recién conversos!», he pensado. Pero he afrontado la cena incluso con simpatía por mis acompañantes. Ernesto le ha preguntado a su padre si los comanches son muy malos.

—Los comanches son buenos. Los soldados son los malos, que cometieron un genocidio sin parangón en la Historia.

Benito Adolfo me miraba de reojo en una evidente proclama de «chúpate esa».

—¡Yo soy un fedayin! —gritaba Danielito con sus tres años posmayo.

—¿Y cómo llamaréis a los niños? —Si es niño, Aitor, y si es niña, Arancha.

El reojo triunfal de Benito Adolfo significaba su tercera victoria nocturna. Pero ya Teresa, una vez acostados los niños, anunciaba su retirada con un ejemplar de «Camino», de Escrivá de Balaguer, en las manos.

—Oye, lees mucho en esta casa —comento.

—Precisamente quería recomendarte el libro que estoy leyendo estos días.

Es el libro de López Rodó.

SIXTO CAMARA